EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 28, TOMO II.—LUNES 25 DE AGOSTO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía de Ercilla, por D. José Amador de los Rios.—Maria Francisca ó una venta de negros, por A.—Un recuerdo de Aranjuez, (conclusion), por D. M. A. Principe.—Manual de literatura, por D. Antonio Gil de Zárate.—Sucesos contemporáneos y Revista teatral.

BIOGRAFIA.

ERCILLA.

La epopeya es, en nuestro concepto, la poesía de la humanidad: así como la lírica espresa un sentimiento individual, un sentimiento apasionado, así como la dramática revela el de una ó mas familias, tal vez el de una ciudad, así tambien la poesía épica en escala superior sirve para solemnizar los grandes desastres y venturas del hombre rey, señalando los pasos que este da en su dificil peregrinacion sobre la tierra. Homero cantó la destruccion del imperio asiático, cuya cabeza era Troya: Virgilio la fundacion del imperio europeo que habia de dominar al mundo desde el Capitolio. El gran poeta de Smirna presentó en su inmortal creacion el estado comparativo de dos civilizaciones: la asiática, fastuosa, espléndida y afeminada al par, y la griega sencilla, vigorosa y llena de vida y de brillantes esperanzas. Los cantos de Homero fueron justificados por la historia, pasando á las islas del Archipiélago la civilizacion de aquellos pueblos, para aparecer mas rica y floreciente.—No se halla Virgilio en igual caso, y sin embargo, preciso es confesar que llenó no pocas condiciones de la epopeya. Pero entre estos célebres poetas y los cantores cristianos que han empuñado la trompa épica han quedado en el olvido dos grandes acontecimientos que hubieran podido dar el tono á la epopeya de las modernas sociedades, habiéndose roto por tanto la unidad de la *historia poética* del hombre.

La destruccion del imperio romano por Atila, aquel terrible azote impuesto por la mano del Omnipotente á las naciones antiguas para castigar sus crímenes, hubiera sido asunto digno y propio del poema épico, así como la fundacion del imperio germánico por Carlo-Magno habria tambien servido

para solemnizar la restauracion de la sociedad, á quien era ya insoportable el yugo de la tiranía y de la ignorancia. Esos dos hombres extraordinarios, destruyendo el uno y reedificando el otro, con sus opuestos instintos, con su universal influencia en la historia del mundo, son altamente dignos, en nuestro juicio, de la epopeya cristiana, cantando los acontecimientos cuyo principal móvil fueron, acontecimientos que pueden en ellos personificarse, hubiera quedado, pues, lleno el vacío que se advierte en la historia, considerada bajo este importante aspecto, y se hubiera dado al mismo tiempo el tono á la musa de las naciones que debieron su nacimiento á la ruina del imperio de los Césares y á la invasion de los pueblos del norte.

Mas la poesía épica tomó distinto rumbo, descendiendo á hechos parciales, y por estas razones los poemas modernos han aparecido á nuestros ojos tan pequeños y de tan limitadas dimensiones, no hallando entre Homero y el Tasso, entre Virgilio y el Dante la gradacion natural, ni los puntos de contacto que los grndes ingenios guardan entre sí, al sentirse animados por un pensamiento mismo. Así, pues, no extrañamos el que la Europa moderna se lamente en vano de la falta de un poéma épico con todas las condiciones que hemos fijado, ni el que hayan sido casi siempre inútiles sus esfuerzos para producirlo. Cuando el Dante levantó su voz atronadora en medio de las tinieblas que rodeaban á la Europa, cuando el Tasso adoptó por argumento de un poema la *libertad de Jerusalem*, muy cercanos estuvieron de este pensamiento. Apelando el Dante á otro mundo, y poniendo en juego solamente espíritus, pareció renunciar á la humanidad, y como consecuencia precisa, al galardon de la epopeya. El Tasso, arrancando el velo á la civilizacion de Oriente, y poniéndole al frente de la europea, logró algo mas, logró producir una escepcion honrosa para la literatura italiana; logró hacer un poema.

Bajo estos principios llegamos, pues, á juzgar la poesía épica española: no es culpa de los poetas, nuestros compatriotas, el no haber producido una epopeya, ni creemos tampoco que puede decirse con algunos críticos extranjeros que carecemos de *cabeza épica*.—El mal está en que se equivocó desde luego la senda que debia seguirse, siendo infructuosos por esta causa todos los esfuerzos hechos en semejante empeño.—Si fuéramos á poner aquí el catálogo de los poemas que en los siglos XVI y XVII se escribieron en España, no hay duda en que se admirarian nuestros lectores de que tantas tareas no hayan podido dar por fruto una verdadera epopeya.—Brillantes cuadros, descripciones llenas de vigor y de vida, invencion, fecundidad, valentía y acierto en la

pintura de los personajes, todas estas dotes, todas estas cualidades, necesarias para el poeta épico, se encuentran con abundancia, y sin embargo ninguna de aquellas obras es perfecta, ninguna puede ofrecerse por modelo.

Esto mismo sucede, pues, con la *Araucana*, poema, debido á D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, que el patriotismo de unos ha considerado como una concepcion sublime, mientras la fria crítica de otros ha encontrado tal cúmulo de lunares, que quedan oscurecidas completamente las bellezas. Los que han juzgado de este modo, han perdido indudablemente de vista que Ercilla no se propuso, ni pretendió dar á su obra el carácter propio de la epopeya; y queriendo ajustar su crítica á los principios reconocidos como leyes de esta, han tenido que ir necesariamente mas lejos del punto á donde debian haber llegado. Los primeros no han comprendido el valor de la epopeya. Nosotros, que deseamos ser imparciales, fijado ya el terreno en donde debe llevarse esta cuestion, nos proponemos decir del modo que apreciamos la *Araucana*, no sin dar antes algunas noticias de su ilustre autor.

La córte de España, que tiene la gloria de haber sido madre de otros muchos esclarecidos ingenios, fué, pues, cuna de D. Alonso de Ercilla, á quien algunos pretenden hacer natural de Bermeo, de donde era oriundo.—Nació el 7 de agosto de 1533, segun unos, y segun otros escritores en 1540, siendo la primera opinion la mas autorizada. Sus padres, don Fortun García de Ercilla, y doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla y guarda-damas de la emperatriz doña Isabel, gozaban de una posicion brillante en la córte de Cárlos V, por lo cual se crió D. Alonso en palacio en calidad de paje ó menino. Muy jóven era aun cuando se vió obligado á acompañar al príncipe D. Felipe á Italia, á los Paises-Bajos, y últimamente á Inglaterra, á donde habia pasado con ánimo de verificar su matrimonio con doña María, heredera de aquel reino. La insurreccion general de los estados de Arauco, en Chile, fue para don Alonso un fuerte incentivo de gloria, resolviéndose á dejar el servicio personal de D. Felipe para ir á pelear en defensa del rey de España en sus dominios del Nuevo-Mundo. Veinte y un años contaba solamente el valeroso Ercilla cuando ciñó por vez primera la espada, embarcándose para el Perú con don Gerónimo de Alderete, capitan de gran corazon y renombre, á quien se habia encargado la pacificacion del rebelde valle. La muerte de D. Gerónimo, ocurrida cerca de Panamá llenó á Ercilla de desconsuelo, si bien no le hizo retroceder en su propósito, encaminándose á Lima, en donde informó al virey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, del fallecimiento del adelantado. Habia crecido entretanto el fuego de la insurreccion, logrando los araucanos, cuyo gobierno tenian diez y seis caciques ó ulmenas, sujetos sin embargo á un jefe supremo, formar un cuerpo de caballería, y aprender el ejercicio de las armas de fuego, si bien no habian descubierto todavía el arte de hacer la pólvora.—El deseo de la independencia, su indómito valor, su admirable disciplina, y sobre todo el convencimiento en que estaban de alcanzar mejor vida si morian á manos de sus enemigos, daban una importancia sin límites á este levantamiento. El marqués de Cañete, deseoso de ahogarlos antes de que se hiciera un mal contagioso, dispuso que su hijo D. García, nombrado capitan general de Chile, partiese en busca de los insurgentes, en cuya expedicion tomó parte desde luego D. Alonso, viendo realizarse de este modo sus caballerescos ensueños.

Dióse, pues, principio á aquella lucha tenaz y sangrienta que habia de estremecer los valles, y engrosar los rios con la sangre de los combatientes, cabiendo á D. Alonso la fortuna de presenciar tan singulares batallas, no habiendo habido escaramuza en donde no se encontrára, como refiere él mismo en estos versos:

Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis pies sido medida;
golpe ni cuchillada no se ha dado
que no diga de quién es la herida.

A vista de aquella naturaleza tan distinta de la europea, de aquel caprichoso clima, en donde en breve término se sienten los efectos de un calor ardiente y de un frio intenso; á vista de aquella vegetacion rica y variada, de aquellos pintorescos paisajes, y finalmente á vista del arrojo increible de los araucanos y del valor ejemplar de sus compatriotas, Ercilla experimentó inusitadas sensaciones, y concibió en consecuencia el deseo de pintar lo que pasaba delante de sus ojos. La narracion fria y concienzuda del historiador no era bastante á manifestar el entusiasmo de que se sentia inspirado, y D. Alonso fue poeta. En medio de los peligros y fatigas de una guerra sin tregua ni descanso, en un pais salvaje en donde pasaba los dias y las noches al raso, en donde carecia de toda clase de recursos, escribiendo en pedazos de cuero hallados en las cabañas de los enemigos, en fragmentos de pergamino, en cortezas de árboles, ó en papeles en que apenas cabian seis renglones, acometió la empresa de trasmitir á sus compatriotas y á su posteridad aquellos memorables sucesos.

Tomando ora la pluma, ora la espada.

Así compuso los quince cantos que forman la primera parte de su poema. A los nueve años de su partida para América, cuando apenas frisaba en los treinta de su edad, se restituyó á España en donde publicó aquella primera parte, pensando borrar de este modo el mal efecto que habia causado la pendencia que tuvo en Chile con otros caballeros, la cual pudo haberle costado la vida, puesto que estuvo sentenciado á ser degollado públicamente. No produjo en el ánimo de Felipe II el efecto que Ercilla esperaba la *Araucana*, si bien le dirigió una reverente dedicatoria; y deseando probar nuevamente fortuna escribió la segunda parte, comprendiendo en ella la relacion de los acontecimientos mas notables del reinado de aquel monarca, y dándola á luz en 1578. Desposóse entretanto con doña María de Bazan, vástago ilustre de la familia de los duques de Santa Cruz, teniendo al cabo la honra de ser nombrado gentil-hombre de palacio y hecho caballero de Santiago, pasando por último al servicio del emperador Rodulfo II, no sin haber dado á la estampa en 1589 la tercera parte de su poema. Acompañó don Alfonso al emperador en sus numerosos viajes por Alemania, Bohemia y Hungría, ignorándose otras circunstancias de su vida, asi como el año de su muerte y el sitio donde descansan sus cenizas, bien que respecto al segundo punto se supone que debió fallecer por los años de 1592, puesto que en el siguiente fundó su esposa, siendo ya viuda, el convento de *Carmelitas descalzas* de Ocaña. Lo que parece estar fuera de toda duda es que Ercilla fue desgraciado, tanto en su juventud como en su vejez, como él mismo dice en el final de su obra, en donde se muestra luchando con su mala suerte. Hé aquí del modo que se lamenta:

Mas ya que de mi estrella la porfía
me tenga asi arrojado y abatido,
verán al fin que por derecha vía
la carrera difícil he corrido:
Y aunque mas inste la desdicha mia,
el premio está en haberle merecido,
y las honras consisten, no en tenerlas,
sino en solo llegar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
arrinconado en la miseria pura,
me suspende la mano y la detiene,
haciéndome que páre aquí la pluma, etc.

Pero aun en semejante estado de abatimiento resalta la nobleza del carácter de Ercilla.—Vengamos ya al exámen del poema, única obra que ha llegado á nuestras manos.

¿Se propuso don Alonso escribir una epopeya en la *Araucana*? ¿Llenaba el asunto, que pensó tratar, las condiciones exigidas para aquel género de obras?.. Estas son, pues, las dos cuestiones que mas saltan á la vista, al quilatar el mérito del poema de que tratamos.—Para convencerse de que Ercilla no intentó seguir las huellas de Homero, ni de Virgilio, respecto á la estructura de su composicion, basta recordar solamente los siguientes versos, tomados de la dedicatoria:

Es relacion sin corromper sacada
de la verdad, cortada á su medida—

Esta confesion noble é ingénua del poeta parece ponerle fuera del alcance de una crítica severa cual conviene á otras obras escritas con mayores pretensiones.—Consistia todo el orgullo de Ercilla en no haber alterado en lo mas mínimo la verdad histórica, guardando estrictamente el órden cronológico de los acontecimientos, y narrándolos con su natural colorido; y atendiendo á estos pormenores, mas propios en verdad del cronista que del poeta, ni pensó en dar á su obra aquel carácter elevado de la Iliada y de la Eneida, ni lo hubiera logrado tampoco, á pretenderlo, habiéndose encerrado en un círculo demasiado estéril y estrecho.—No creemos necesario el detenernos aquí á señalar las condiciones que hubiera debido tener la *Araucana* para participar de la forma épica, cuando suponemos enterados á nuestros lectores de las leyes de esta clase de poemas.—Ercilla no debe ser juzgado, por tanto, bajo esos principios que no tuvieron influencia alguna en su composicion, ni entraron á dar vida al plan seguido en la misma.—Escribia bajo la impresion del momento, ordenaba de noche lo que pasaba de dia, y este método que contribuia por una parte á dar á sus descripciones mas viveza y mas brillante colorido, era por otra perjudicial á la unidad de la obra, sacrificando á la verdad histórica, la verdad poética.—Así, pues, creemos injusto el exigir de Ercilla mas de lo que se propuso hacer él mismo. La *Araucana* está muy lejos, por estas razones, de ser una epopeya: la *Araucana* es, en nuestro concepto, una rica leyenda, en donde la verdad se halla revestida con las galas de la poesía, una brillante crónica en donde resaltan los hechos y los caractéres á fuerza de ingenio y de vigor, un cuadro mas ó menos perfecto, en donde todos los personajes tienen una vida terrenal, si tal puede decirse, sin que se aparte jamás la vista de lo que está pasando en el suelo.

Escusado parecerá el dilucidar la segunda cuestion que hemos indicado, resuelta está en la forma que lo hemos hecho; sin embargo, bueno será traer á la memoria los principios que dejamos fijados en la introduccion de este artículo, respecto á la epopeya, para hacer la aplicacion de ellos á Arauco, al ser reconquistada por los españoles. Aquella naturaleza primitiva, aquellos hombres, todavía en el estado de la infancia, en el estado salvaje parecian, en verdad, prestarse á la trompa épica con la esplendidez y grandeza de sus espectáculos y con la vehemencia y fogosidad de sus vírgenes pasiones. Así la pintura de los araucanos, la descripcion de sus costumbres, de sus juegos y de sus creencias, y la representacion de sus asambleas finalmente, hacen recordar la sencillez de los héroes de Homero.—Pero en medio de semejantes cualidades que prestaron al poema estas circunstancias, se advierten grandes vacíos, que hacian incompatible la reconquista de Arauco con la musa épica.—El descubrimiento y conquista del Nuevo-Mundo, ese hecho prodigioso por el cual llevó la Europa su religion, sus ciencias, sus artes y sus costumbres al seno de un pueblo desconocido, era en verdad asunto de la epopeya. Aquí se cumplian todas las condiciones: la humanidad aparecia en el lugar digno que le corresponde en este género de obras.—La reconquista de Arauco no estaba dotada de iguales caractéres: la escala era infinitamente mas pequeña, y cuando mas, podia prestarse para trazar un episodio de la grande epopeya que hemos mencionado.

Por las breves razones que dejamos insinuadas, se nota que ni Ercilla intentó escribir un poema épico, ni el asunto de su composicion bastaba á llenar todas las condiciones de tal.—Por lo demas, apartándonos del parecer de algunos escritores ya nacionales, ya extranjeros, creemos que Ercilla estuvo dotado de tan excelentes prendas, que á haber escrito con mas sosiego, á haber sido su intencion otra y otro el argumento, hubiera tal vez llenado el gran vacío que existe en la literatura española.—Sin embargo de esto, solo Bernardo de Balbuena ha obtenido iguales triunfos que él, logrando emularlos: nadie ha descrito como él los caractéres, nadie ha bosquejado los retratos con mayor acierto. Hé aquí en prueba cómo describe á Lautaro, uno de los jefes del ejército chileno:

Fue Lautaro industrioso, sábio, puesto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condicion y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura.
El ánimo en las cosas grandes puesto,

de fuerte trabazon y compostura,
duros los miembros, recios y nerviosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

No es menos bella la descripcion de Caupolicau, que omitimos en gracia de la brevedad, si bien no podemos resistir al deseo de poner aquí la octava, en que pinta el caballo que cabalgaba don Francisco Villagran, en la desastrosa batalla que refiere en el canto VI.

Estaba en un caballo derivado
de la española raza, poderoso,
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
castaño de color, presto, animoso,
veloz en la carrera y alentado,
de grande fuerza y de ímpetu furioso,
y la furia sujeta y corregida,
por un débil bocado y blanda brida.

Si Ercilla logró sobresalir en las descripciones de sus personajes, no es menos digno de alabanza en las pinturas de las batallas que incluye en sus poemas pareciéndonos asimilar á veces los combates de Homero. Hé aquí cómo describe el ejército araucano, puesto en movimiento contra sus enemigos:

Segun el mar las olas tiende y crece,
así crece la fiera gente armada:
tiembla en torno la tierra y se estremece
de tantos piés batida y golpeada:
Lleno el aire de estruendo, se oscurece
con la gran polvareda levantada
que en ancho remolino al cielo sube,
cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Otras de las grandes cualidades de poeta épico que adornaron á don Alonso fueron a sencillez, la magestad, la persuasion y la vehemencia que supo dar á los discursos que puso en boca de sus personajes. La arenga de Colócolo, dirigida á los araucanos en el momento de elegir un jefe ó *toquí*, tan justamente celebrada por Voltaire y por Bouttervek: la del paje de Valdivia, cuando excita al combate á sus compatriotas, y finalmente los discursos de los cantos XVI, XXII, XXV, XXIX y otros muchos que no citamos, prestan una idea sobresaliente del talento de Ercilla. En la *Araucana*, así como en los poemas del cantor de Aquiles, se reconocen á primera vista los personajes que usan de la palabra, por lo bien delineados que están los caractéres en los razonamientos, en los cuales apenas se halla una pincelada ajena de la situacion, ni del objeto á que se encaminan. Los discursos de Ercilla carecen por otra parte de digresiones embarazosas que destruyan el efecto, logrando tener suspenso el ánimo hasta su fin, cosa que, para ser imparciales, no encontramos con frecuencia en el mismo Homero.

Pero si la mas adusta crítica, siempre que sea justa, halla todos estos motivos de elogio, razonable parece tambien que al apreciar la *Araucana*, se indiquen sus defectos.—Desigual y falto de verdadera entonacion poética aparece Ercilla las mas veces, remontándose de tarde en tarde á la altura en que le hemos visto. Su estilo natural y sencillo casi siempre suelto y flexible, como la variedad prodigiosa de objetos y de acontecimientos que bosqueja, sufre tambien grandes modificaciones en el transcurso del poema.—Los quince cantos de la primera parte, escritos en América, al mismo tiempo que son los mas ajustados á la verdad histórica, participan de la falta de cultura de aquel pais salvaje en que se compusieron y manifiestan las fatigas y las dificultades con que luchó Ercilla al escribirlos. Propúsose en la segunda parte evitar algun tanto aquella monotonía que caracterizaba á la primera, revistiendo su poema de un interés mas nacional é ingiriendo en él la descripcion de las batallas de San Quintin y de Lepanto en los cantos XVIII y XXIV: con lo cual esperó sin duda mejorar su infeliz suerte. En la última parte aumentó Ercilla los incidentes extraños á la fábula, mostrando de este modo la falta de un plan maduramente pensado, como indicamos arriba. La descripcion maravillosa de los jardines encantados del mágico Fiton, la *verdadera historia* de Dido, contada por don Alonso á sus camaradas para entretener una penosa marcha y otros episodios no menos impropios de la reconquista de Arauco, se encuentran, pues, en esta tercera parte, en que careciendo el poeta de mas interesantes acontecimientos que narrar, tuvo que acudir á tan inoportunos recursos.—El episodio de Glaura, aunque tachado por algunos críticos y no muy estrechamente entrelazados á la fábula, nos parece sin embargo mas propio del poema, abundando ademas en rasgos de admirable ternura.

Terminando pues este artículo, largo en demasía para la extension de nuestro periódico y corto para juzgar completamente la *Araucana*, parécenos conveniente el apuntar que á pesar de cuanto dejamos dicho, respecto al propósito de Ercilla y al asunto que adoptó, la dificultosa situacion de los españoles en Arauco que iba creciendo de momento en momento haciéndose mas angustiosa, mas terrible de cada vez, hasta la llegada de los refuerzos del Perú, dá á los acontecimientos cierto enlace, cierta unidad épica que son el mas firme comprobante del gran talento de Ercilla.—Si este esclarecido poeta se hubiera hallado en la posicion que hemos indicado anteriormente, tal vez pudiera España contar con otra *Jerusalem Libertada*: desmiento la opinion proverbial de que los españoles no tenemos cabeza épica.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

MARIA FRANCISCA,

ó

UNA VENTA DE NEGRAS.

«¡No puedo recordar sin dolor y sin lágrimas las desgracias de toda mi familia, y los horrores que he presenciado en la travesía y desde que fuí arrancada de mi pais natal! Mis hermanos Tomás y Vicente fueron hechos prisioneros en la guerra que hace pocos años sostenia con encarnizamiento el soberano de mi nacion contra un vecino ambicioso: á la sazon acababan de llegar á nuestras costas unos bárbaros especuladores á quienes fueron vendidos: mis padres lloraban amargamente cuando llegaron á saber esta triste nueva: yo quise verlos antes de partir; quise llevarles algunas provisiones que socorriesen su miseria: llegué á la costa en el momento en que se embarcaban, y no pude evitar que con violencia me encerrasen en el buque con mis hermanos. Yo era el único apoyo de mis ancianos padres, que quedaban abandonados á la miseria y á la muerte. ¡Me parecia oir sus gritos, que me arrancaban el corazon!

Mis hermanos me refirieron cómo despues de vencidos y hechos prisioneros, fueron encerrados con todos los demas en un estrecho y húmedo aposento, que solo se abria cada veinte y cuatro horas para darles un escaso rancho, y que desde allí fueron conducidos á la costa, donde los esperaban el capitan que los habia comprado y el buque que debia conducirlos, sin que supiesen dónde. Su suerte desgraciada se mitigaba mucho con mi compañía y con mis consuelos.

No sabré describir los malos tratamientos y los ultrajes que recibíamos todos en aquel navío, la miseria que nos rodeaba, el hambre que consumía nuestras fuerzas, y la fetidez que nos envolvia. A pocos dias de navegacion, apareció en el buque construido espresamente para este tráfico, una enfermedad contagiosa que hizo perecer la mitad de los esclavos, y algunos marineros. Mi hermano Vicente fué acometido de esta cruel enfermedad; y cuando creyeron que ya no podia vivir, y para dejar el buque mas desahogado, en mi presencia y aun antes de espirar, lo arrojaron al mar. Mi hermano Tomás y yo tuvimos la suerte de escapar de aquella plaga; pero el dolor que nos causó la muerte de nuestro hermano nos tuvo muchos dias sin fuerzas y sin aliento. Mas las crueldades de nuestros verdugos y los malos tratamientos que sufríamos nos despertaron de nuestro enajenamiento, haciéndonos solo sensibles á los males que nos rodeaban. Mientras mas se alargaba la navegacion, mas escasa iba siendo nuestra comida. Todos nos hallábamos flacos y estenuados.

Estaba un dia mi hermano Tomás sentado no lejos de la cocina, pues algunas veces lo ocupaban en las faenas de esta. Yo me hallaba á su lado, cuando el capitan se acercó á nosotros y nos preguntó si éramos hermanos, notando alguna semejanza en nuestros semblantes, y si vivia nuestro padre. A mí me mandó despues que me marchase á mi camarote, desde donde oí á poco rato la voz de mi hermano que gritaba: Sydea, (este era entonces mi nombre) hermana mia, que me matan!!... corro precipitadamente hácia el paraje donde lo habia dejado, y hallando al capitan, le pregunté humildemente por mi hermano, y ni siquiera me contestó una palabra: fuí á buscarle al cuarto de los marineros, y me respondieron que no le conocian. Me dirigia hácia otra parte del buque, cuando salió á encontrarme un marinero, que me detuvo á latigazos, arrojándome sin sentido otra vez en mi camarote. Me hallaba tendida sin conocimiento cuando me hicieron volver en mí los gritos desesperados de mi hermano, que parecia dar el último aliento. Al dia siguiente me refirió un negro su triste fin. El capitan le habia dado un gran vaso de aguardiente. Inmediatamente despues lo agarraron tres marineros, lo amarraron de pies y manos á un palo, le cortaron la cabeza, los pies y las manos, y los arrojaron al mar. Mientras el negro me referia estos horrores, nos trajeron de comer carne!... ¡ah! yo comprendí que me daban á comer la carne de mi propio hermano. Ninguno quiso comer, y todos estaban asombrados y horrorizados. Hacia dos dias que nos presentaban el mismo alimento, porque la barbarie de nuestros verdugos habia hecho otras víctimas. Una fiebre ardiente me devoraba: me hallaba desesperada y deseaba la muerte: si hubiese tenido á mano algun instrumento, yo misma me hubiera arrancado la vida: si lo hubiera permitido la vigilancia de nuestros verdugos, me hubiera arrojado al mar. En los mónstruos del mar esperaba mas descanso que entre los mónstruos que me rodeaban.

Ni la oscuridad que reinaba en nuestro camarote, donde pasábamos muchos dias encerrados, ni la agitacion y desesperacion de nuestro ánimo, nos permitian pensar en el camino ni contar los dias de navegacion. Por fin desembarcamos en una isla, en la que fuimos conducidos á un mercado: allí se separaron los hombres de las mujeres: entonces sufrí la amargura de verme separada de todos mis compatriotas y compañeros de infortunio. Tres jóvenes y dos niñas que acompañaban á sus madres, fuimos llevadas á un patio del mercado, donde nos esperaban muchos compradores. A pesar de la rudeza en que me hallaba entonces, pude comprender que se nos iba á dar en venta al que mas diese por nosotras. Debo advertir que algunos dias antes de desembarcar se nos dió de comer con abundancia, con la idea sin duda de reponer nuestras desfallecidas fuerzas y de que se manifestase en nuestro semblante y en nuestros miembros el vigor y la fuerza de la juventud. Las personas que pensaban comprarnos, nos examinaban escrupulosamente y nos descubrian: yo advertia que se proponian conocer por conjeturas nuestra edad, y el estado de nuestra salud, nuestra robustez y nuestras disposiciones para el trabajo. Aunque nuestros dueños deseaban vendernos á todas juntas, advirtieron en breve, en vista de las proposiciones que se les hacian, que podian sacar de nosotras mejor partido enajenándonos separadamente. Las atentas y escudriñadoras miradas de un viejo, me hicieron comprender que deseaba comprarme. Despues de haber dado varias vueltas al rededor de mí, de haber querido que anduviese y que hablase; despues de haberme reconocido con el mayor cuidado y minuciosidad, operacion que aun entonces, siendo todavía una salvaje, me llenaba de un disgusto interior é inesplicable, que me obligaba sin saber por qué á bajar los ojos al suelo; despues que mi buen viejo se hubo enterado de todas las que estábamos en venta, pareció determinado á comprarme. Se acercó á la mesa donde se hallaban nuestros dueños, fumando uno en una larga pipa, y escribiendo otro; y despues de haber hablado con ellos algunos momentos, se colocó junto á la mesa y cerca de donde yo estaba, mientras que un hombre que estaba de pie publicaba en alta voz las diferentes sumas que se ofrecian por cada una de nosotras. Varios aumentaron sucesivamente la primera cantidad que el viejo hubo de ofrecer por mí; pero habiendo éste ofrecido mas que ninguno, quedé desde luego por suya: observé que hizo esto con tal oportunidad que el que publicaba en voz alta las diferentes proposiciones, dió inmediatamente con un martillo sobre la mesa, en

señal sin duda de que la venta quedaba ya completamente realizada.

El viejo me llevó á su casa: el aspecto de éste me llenó al principio de horror, que aumentaba la amargura que me causaba verme sola y separada de todas las personas de mi color. Mi amo, como despues supe, era español, lo mismo que su esposa, dechado de caridad y dulzura. Mi juventud y mi figura interesaron sin duda á mis amos, aunque, como despues he recapacitado, su caridad y sus virtudes los estimularon mas todavia á prodigarme todo género de beneficios. Mi amo era un buen hombre, y nada mas; pero mi ama era una mujer de mucha disposicion, muy instruida, y que sabia dirigir muy bien la vasta labor de su casa, y gobernar su numerosa familia y criados. Mandó desde luego que me limpiasen y aseasen, y que me pusiesen un vestido segun la moda de Europa. Me tenia siempre á su lado, y me ocupaba en servirla de cerca en cuanto se le ofrecia: mi exactitud en cumplir sus órdenes, mi celo, mi carácter complaciente, y mi deseo de agradarla, me hicieron merecer todo su afecto, y que me distinguiese de todos los demas esclavos. En ella encontré una verdadera madre. Ella fué tambien mi maestra, pues á su lado aprendí todas las labores de mi sexo: cuando por las tardes salia ella á pasear por sus tierras con el objeto las mas veces de presenciar las faenas de sus esclavos, se divertia en corregir los defectos de mi tosca pronunciacion, y en enseñarme, digámoslo así, á hablar, esplicándome los nombres de las cosas, é instruyéndome en cuanto estaba á su alcance: mi memoria y mi fácil comprension hacian que cada vez me estimase mas, y que me tratase mejor y con mas cariño y dulzura: todos los esclavos de la casa me miraban con envidia y con ceño, llamándome la *favorita del ama*. Esta bondadosa mujer llevó mas adelante sus beneficios, y me tomó un maestro de leer y escribir en español, y de la gramática de esta lengua: su confesor, un sabio y virtuoso jesuita, me enseñaba los principios de la religion cristiana con el objeto, como despues inferí, de bautizarme y hacerme cristiana. Yo oia con suma atencion las instrucciones de este venerable religioso, que advirtiendo el cuidado con que yo le escuchaba y las muestras que daba de entender lo que me esplicaba, le merecí un particular interés, y que se esmerase en mi instruccion. Cuando me consideraron bastante enterada en la religion cristiana, dispuso mi ama, por consejo de su confesor, que se me bautizase,

VENTA DE NEGROS.

cuya ceremonia se verificó en la iglesia con toda solemnidad y pompa, y con una extraordinaria concurrencia de gentes. Mis amos fueron mis padrinos, y para el bautismo me cubrieron de galas y de adornos. Lo que yo comprendia de aquellas ceremonias, segun las esplicaciones que me habia hecho mi sabio instructor en los dias que habia dedicado á prepararme para aquel acto, me llenaba de ternura, y producia en mi corazon un efecto inesplicable. Yo no sabia lo que pasaba por mi; lloraba sin saber por qué, y las lágrimas que vertia en vez de afligirme me llenaban de un gozo que no tengo palabras con que espresar.

Cuando volvimos á casa de mis amos me trataron estos con mas cariño y agasajo que nunca. Aquel dia fué de gran celebridad en la casa: hubo una espléndida comida, á la que se hallaron convidados todos los amigos de mis amos, que eran las personas mas distinguidas de la capital de la isla. Mis amos tuvieron un empeño decidido en que yo aquel dia me sentase á la mesa. Yo me resistí á ello cuanto pude, pero me fué preciso ceder á su voluntad. Mi ama me llevó de la mano hasta la mesa, y en presencia de todos los concurrentes, que aun no habian acabado de sentarse, me dijo mirándome con ternura: «Hija mia, en esta festividad religiosa, debes tú ocupar el primer lugar, pues á tí se dirigen estos obsequios. El bautismo te ha abierto las puertas de la iglesia; ya has entrado en su gremio, donde todos los fieles somos hermanos, sin que á los ojos de Dios haya otra diferencia que la de la virtud y de su amor. Nuestra religion no consiente que al hombre se le considere como un bruto, y que un amo disponga de él como de un jumento. Desde este momento eres libre, como lo serán tambien los demas esclavos que trabajan en mis haciendas, á medida que vayan adelantando en su educacion, que adquieran medios de proporcionarse una subsistencia independiente, y que con sus economías y ahorros puedan resarcirme de cuanto he gastado con ellos. Si como libre quieres permanecer á mi lado, yo te trataré siempre como una madre, y en mí hallarás el cariño y solicitud de tal.» Mientras decia estas palabras, yo me habia arrojado á sus pies y besábala su mano, regándola con mis lágrimas. Mi ama me hizo levantar y me sentó á su lado. Mi amo, que era hombre de pocas palabras, y que bajo el esterior seco de un vizcaino, pues era natural de Berméo, ocultaba un alma hermosa, me dijo mirándome atentamente: «Tu suerte corre de nuestra cuenta. No tenemos hijos, y tu subsistencia quedará asegurada. Trataremos de tu colocacion y de que seas feliz.» Yo espresaba mi gratitud, la gratitud que rebosaba en mi corazon, mas con mis movimientos, con la actitud de mis manos y con mis lágrimas, que con mis palabras; pues la emocion que sentia parecia que me anudaba la garganta, no permitiéndome proferir ni una palabra. Todos los concurrentes tomaron parte en estas escenas, y no pudieron menos de sentirse conmovidos; durante la comida reinó el mayor júbilo, complaciéndose todos é invitándome á que les esplicase las costumbres de mi pais, y les describiese nuestras poblaciones y nuestras campiñas. Me oian con atencion y con gusto, y, lo confieso con franqueza, celebraban mi ingenio y discrecion. Yo recordaba el estado en que me hallaba cuando me arrancaron de las costas de Africa: comparaba este estado con el que la educacion recibida y la caridad de mis amos me habia proporcionado; y llena de gratitud, daba en mi corazon íntimas gracias á Dios, que se habia dignado sacarme de las tinieblas, mostrándome la luz de la verdadera religion. Todo se lo debia á Dios y á mis amos. Por algun tiempo me sentí comprimida en presencia de los blancos, no pudiendo corresponder al afecto y afabilidad con que era tratada. Mi instructor no asistió á la comida, pues parece se lo impedia una costumbre de su instituto de la Compañía. En todo aquel dia no pude un momento siquiera separar de mi memoria á este venerable sacerdote. Al dia siguiente de mi bautismo estuvo á verme, y en sus palabras y en la espresion de su semblante me significó el placer que inundaba su corazon. A mi ama le dió la enhorabuena, y él dijo tambien que la recibia por haber tenido parte en una gran conquista, en ganar un alma para el cielo. Yo me puse bajo la direccion de aquel santo varon, á quien encomendé la salvacion de mi alma.

Mis amos vivieron todavía algunos años; yo me dediqué enteramente á su cuidado y servicio. Habiendo muerto mi amo, llamado don José Ignacio Iparra-

guirre, su esposa, que lo amaba entrañablemente, le sobrevivió poco tiempo: cayó en un abatimiento cada vez mas profundo, y que solo terminó con la muerte. Mis dos amos murieron en mis brazos, prodigándoles yo los cariñosos cuidados de una hija, y mostrándoles hasta el último momento toda la gratitud que les debia. Mi ama me trataba de hija, y yo le daba el dulce nombre de madre, besando sus manos con tanto cariño como respeto. De rodillas, al lado de su cama, recibí sus últimos consejos, su bendicion y su último aliento. Ningun dia dejo de recordar á mis buenos amos, y de rogar á Dios por su eterno descanso.»

Segun despues se ha sabido, sus amos la dejaron por única y universal heredera; y la negra Maria Francisca no quiso nunca abandonar su pais adoptivo, ni la casa donde habia hallado su felicidad. Algunos años despues se casó con un comerciante de la Jamaica, de su mismo color, y este matrimonio fué feliz, siendo Maria Francisca modelo de esposas y de madres, y una prueba de que la educacion y la religion pueden convertir á los desgraciados habitantes del Africa en ciudadanos útiles y en hombres virtuosos.

A.

UN RECUERDO DE ARANJUEZ.

(Conclusion.)

VI.

Triste y mustio lo que no es decible con la pérdida de mi reloj, y mas todavía con la íntima conviccion en que estaba de que por mas diligencias que hiciese no me seria dable recobrarlo, renuncié á la esperanza que tan tardiamente habia concebido de tener por su medio una morada con todas sus consecuencias. El endiablado lance, cuyo protagonista acababa de ser en medio de las risas y de los silbidos del pueblo, quitóme de tal modo el buen humor, que Aranjuez habia perdido para mí toda la ilusion y encanto con que la idea de solazarme en él me habia siempre sonreido. Tan cierto es lo que vulgarmente se dice de que así suele hablarse de la feria, segun nos va en ella. Fatigado con mi largo paseo de todo el dia y con la inesperada escena de la tarde, hallábame rendido de sueño, y no tenia donde reposar. El sol acaba de ponerse, y era preciso tomar una resolucion. Aquella noche no habia funcion en el teatro; y caso de haberla, yo me hubiera guardado de esplotarla en los términos que la noche anterior. Gato escaldado del agua fria huye. Mis desgracias habian todas tenido lugar en el recinto del pueblo; en el campo me habia ido muy bien, y segun todas las apariencias, no debia la noche probarme mal.

Una vez lisongeado con esta idea, no era fácil en verdad rebatirla, pues por sofístico que fuese el argumento, era al cabo el que mas me halagaba, y el único ademas que en mi situacion podia hacerme fuerza; y esto bastaba para producir en mi alma todo el convencimiento posible. ¿Quién hallándose en desgracia ó en apuro, acostumbra á tener otra lógica? No por otra razon habia yo salido de la córte, sino por disfrutar á mi sabor todas las delicias rurales. ¿Por qué no contar en este número la de dormir al raso una noche? Esta sí que era idea poética, y no la mezquina de encerrarme en los estrechos límites de un cuarto.

Decidido á dormir á mis anchuras
bajo el inmenso pabellon del cielo,
donde mis penas duras
encontrasen solaz, calma y consuelo.

Lo único que me faltaba era elegir entre tantos y tan bellos sitios como Aranjuez ofrece en todas partes, el que yo creyese mejor. El jardin de la Isla estaba cerrado, y al del Príncipe le sucedia lo mismo; pero todavía quedaban un sin número de calles de árboles, y una infinidad de vergeles, disputándose la supremacía de la gracia, de la beldad y de la magnificencia, al modo que Minerva, Juno y Venus la manzana de la hermosura. ¿Venus, Juno y Minerva, dije? ¡Ah poeta, poeta! ¡Cómo veo que te vas remontando á do fuera mejor no subir! ¿A donde diriges tu vuelo? ¿Al parnaso griego, simplon? Mucho me temo que sin de ello apenas apercibirte, acabes por trepar á esa colina que tan agradable se eleva hacia el mediodia del pueblo. Ese monte que el vulgo llama del *telegráfo*, y que tú llamarás el *Parnaso*, por adoptar el nombre mas bonito, va á ser sin remedio esta noche la morada que elijas al fin.

Así fué en efecto, lectores. Mis plantas se dirigian insensiblemente hácia el sitio que las gentes cultas denominan *Parnaso de Aranjuez*, bonito montecillo que flanqueado por otros dos, parece presidir á los treinta y tantos millones de árboles que pueblan y dan sombra á la llanura en toda su magnífica estension. Mi fantasía que tan muerta se hallaba poco hacia ibase acalorando y encendiendo á medida que subia la cuesta, cuesta en verdad que nada tiene de agria, pero que yo me empeñaba en figurármela así, aun cuando solo fuese por tener ocasion de recitar aquellos versos tan sabidos:

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento
etc. etc. etc.

La elevacion tampoco es gigantesca; mas acostumbrado en Madrid á tomar por tipo de alturas la raquítica torre de Santa Cruz, no es mucho que creyese remontarme hasta mas allá de las nubes cuando trepaba por mi monte arriba. El nombre de Parnaso dado á este, hízome mirar á Aranjuez como otra nueva y fatídica *Delfos*, y dar juntamente á su comarca el estudiado título de *Fócida*. Los otros dos collados de que hablé, aunque en realidad son mas de dos, eran inominados para mí; mas poco me costaba bautizar al uno con el nombre de *Helicon*, y con el de *Citeron* al otro, dado que aunque no estuviesen tocándose, no era tampoco mucha la distancia que los separaba en la Grecia. ¿Pero á qué molestar á mis lectores, presentándoles la exposicion sucesiva de las varias y estrañas ideas con que la mitología pagana calentó mi cabeza aquella noche? Yo llegué hijadeando á la cima, no por lo enriscado del sitio, sino por lo cansado que me hallaba; y á pesar de no haber tropezado en el camino con una sola fuente, á quien pudiese dar el nombre de *Hipocrene*, ó de *Castalia*, ó si os place mejor, de *Aganipe*, empeñéme en que la casa del telegráfo, si bien desmantelada y cubierta de ruinas, era el templo de Apolo y de las Musas. Embebecido con tan lisonjeras ideas, y haciéndome á mi mismo la ilusion de haber arribado á la cima de la inmortalidad y de la gloria, tendime poco á poco boca arriba á la entrada del templo en cuestion; y mirando con ojos de bobo *la blanca y tibia luz de las estrellas*, añadióse al efecto de tan inocente vision el que supuestas mis fatigas durante el dia, no podia menos de producir él entre sordo y estruendoso murmullo con que al otro estremo del pueblo se dejaba caer el padre Tajo por sus ambas á dos bellas cascadas.

Es decir, mis queridos lectores, que me quedé dormido como un borrego, y disimuladme la prosa.

VII.

Mi sueño fue pesado y poco tranquilo. Como siempre soñamos de noche con lo que durante el dia nos ha ido por la cabeza (así decia uno rascándosela), la mia desvarió por espacio de mas de doce horas con el número infinito de ideas y de objetos que la habian tenido ocupada durante la víspera. Pero aquello era un galimatías ininteligible, una confusion de especies las mas inconexas; era el *tigribus agni* de Horacio. Aquí via al granuja de marras ofreciendo un cigarro á doña Aciscla; allá á Godoy sentado en la cuba de Baco; acullá á Mercurio con botas y á Venus con sombrero de tres picos, mas allá al padre Jove sobre el águila, robándole el reloj al Dios Apolo. ¿A qué referir lo demas? Cuando disperté, verifiquelo sudando la gota tan gorda, efecto sin duda de haber soñado largo rato con mi señora doña Policía, sino es que consistiese mas bien en el sol que me daba de lleno con insoportable calor. Mi voz en medio de eso estaba como acatarrada, y el cuerpo lo tenia tullido, siendo muy natural lo primero por el frio que habia reinado durante la noche, y no menos natural lo segundo atendida la misma razon, y hasta la circunstancia de haberme echado á dormir sobre un monton de escombros, único colchon con que habia tenido á bien brindarme la ruinosa casita del telegráfo.

A decir la verdad, sentí haber dispertado tan tarde. La inmensa perspectiva que desde aquella altura se desplegaba ante mis ojos, era encantadora y magnífica; y hubiera sido un placer para mí contemplarla á la salida del sol, en vez de verificarlo como lo hacia, cuando el astro del dia tenia recorrida ya cerca de una quinta parte de su carrera. ¡Soberbio panorama en verdad! A mis plantas la poblacion con sus anchas y simétricas calles, y con todo su séquito de bosques, alamedas, florestas y jardines: al occidente las ondeantes mieses y los bien cultivados olivos de la gran posesion del deleite: al septentrion, la cuesta de la Reina y las demas alturas que á distancia de cuatro leguas se estienden hasta cerca de Valdemoro: al mediodia en fin, los collados y montes por entre los cuales parece serpear el camino real de Valencia, con mas el pueblo de Ontígola, y el uno y otro mar del mismo nombre, aun cuando ninguno de los dos sea acreedor al título de *mar*.

La ocasion no podia ser mas oportuna para abandonarme á mi inspiracion y entonar una oda magnífica. El monte en que me hallaba era el Parnaso, monte pobre y pelado en verdad hácia el Mediodia; pero todo cubierto de arbustos por Oriente, Occidente y Septentrion. Yo dí la espalda á la aridez, y fijando mi vista en lo demas, dirigila despues á la casita que me habia ofrecido su techo, ó á lo menos el techo que tenia. Arrebatado de entusiasmo, figuróseme, lo mismo que la víspera, ser aquella la mansion de las musas, con todo lo demas que tengo dicho. El hervor que sentia en mi sangre y el anhélito de mi ahogada respiracion, me anunciaban la calentura del genio. En aquellos instantes no era yo un mortal, era un Dios. La hora de cantar habia llegado, y ya me disponia á hacerlo así, aprovechando la soledad en que me hallaba, cuando oyendo cerca de mí un enorme y horrible bostezo, volví de mí ilusion sobrecogido, poniéndome en guardia á contiuuacion, por si era algun mastin descomulgado el que tales estremos hacía. ¿Pero cuál no fué mi sorpresa, cuando alzando los ojos á la ventanilla del telégrafo, donde al parecer sonaba el ruido, ví asomar la cabeza del granuja que me habia robado el reloj?

—¡Tú aquí, bribon! le dije—¡Ay Jesus, y qué tarde me he dispertado! contestó él.—¿Pero tienes vergüenza, ladronzuelo, para presentarte delante de mí?—Pues no hay mas sino que he dormido mis trece horitas.—¡Cómo! ¿qué es lo que dice? ¿Durmiendo toda la noche bajo el mismo techo que yo, y no le he destrozado entre mis uñas?...—¡Ay que galvana, Dios mio! Estoy por echar otro sueño.—Ya te lo dirán de misas, tunante.—¡Ola señorito! ¿Vd. por acá?—Y dispuesto á arrancarte los ojos, si no me devuelves al punto la prenda que me hurtaste ayer. —Ya se contentaria Vd. con lo que le he atrapado esta noche.—¡Ay Dios mio! Esto sí que es peor. —Vamos, que eso no merece la pena. Dos pesetas al fin son muy poca cosa, y si Vd. lo reflexiona bien...—¡Todo el caudal que llevaba conmigo.—¡Cómo suda el pobre señor! Preciso será devolverle el pañuelo para que se enjugue la cara.—¿Es verdad? ¿Mi pañuelo tambien?—Y un tirante ademas, señorito. ¡Tenia Vd. un sueño tan pesado!—¡En efecto me falta un tirante! ¿Cómo demonios ha sido esto? —Ahí verá Vd. con quién se las há.—¡Animas benditas del purgatorio!—Ahora bien, señorito, hablemos claros: ¿quiere Vd. la paz ó la guerra?—Lo que quiero es tener mi reloj, y mi pañuelo, y mi tirante, y mis dos pesetas tambien.—En cuanto á lo último, no hay inconveniente (y echóme á los hocicos las dos piezas); pero lo demas no es posible. Quiero que Vd. se acuerde de mí.—El que se va á acordar eres tú, porque yo no te dejo escapar.—Vaya, tome Vd. su tirante (y me lo echó tambien por la ventana). —El reloj, el reloj, el reloj.—Vamos, ahí va el pañuelo.—El reloj, repito, el reloj. Tú no puedes salir de ese recinto, sin caer en mis manos.—Mire Vd. que se engaña, señorito.—¿Cómo que me engaño vergante?—Como que si no se larga de aquí, le emprendo desde luego á ladrillazos, y verá Vd. la que se arma.—¡Ladrillazos á mí, ladronzuelo!—Ladrillazos á Vd.; está dicho.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, empezó á granizar sobre mí un diluvio de granzas y de es-

combros. El lance en verdad era sério. El me acometia escudado con aquella endiablada casilla, y yo no podia ofenderle combatiendo con él á campo raso. Siendo tan desigual la lucha, no hice poco en salvar mi gaban, y en echar á correr cuesta abajo. El granuja reia á carcajadas, y entretanto seguia el diluvio. Yo gritaba *al ladron, al ladron*!; y él decia: *cojed al vagamundo, al que vino á Aranjuez sin pasaporte*! Esta voz me aterró en tales términos, que hube de callar por mi parte, á trueque de alcanzar otro tanto de aquel descomulgado chicuelo. Mis lectores vén en qué tiempos y en qué circunstancias estamos. Cedí, pues, y capitulé..... no he dicho bien, rendíme á discrecion; y mientras mi enemigo se largaba por donde mejor le placia, tomaba yo el camino del *Riagal*. Allí me eché al coleto un par de vasos de pura y riquísima leche, no sin agradecer al granuja la devolucion de mis ocho reales, para poderla pagar.

Tal fué mi subida y mi estancia, y tal mi bajada tambien, de mi idolatrado *Parnaso*.

VIII.

Despues de tantas bromas y percances, escusado es decir á mis lectores que no desearia dormir en Aranjuez otra noche con peligro de verlos repetidos. Por mas que me fuera sensible, era preciso restituirme á la córte, y eso en aquel mismo dia. Los asientos de las dos diligencias estaban casi todos ocupados, y los pocos billetes que de ellos quedaban no podian adquirirse sin el *toma* y *daca* de costumbre. Fuerza fué resignarme por lo mismo, y ajustarme con el dueño de una galera que no exigia pago anticipado, y salir á las dos de la tarde. Eran las diez entonces solamente, y como el momento de la partida distaba todavía cuatro horas, parecióme que debia aprovecharlas lo mejor que me fuese posible. Fuíme, pues, al jardin del Príncipe; y aunque no llevaba billete, conseguí penetrar en su recinto, valiéndome al efecto de mis mañas. Cómo ó de qué manera, yo lo sé; mas esto nada importa: prosigamos.

El jardin de la Isla podria tambien apellidarse el del gusto y la delicadeza, y en los sitios donde arrullan las tórtolas, el de la gracia y la melancolía. El del Príncipe presenta otro carácter, la magnificencia y el lujo, la belleza en mas vastas proporciones, la gala y gentileza varoniles, la hermosura en grande por último, ó sea aquella especie de beldad que aspira y casi toca á lo sublime. Y no porque no haya en su recinto mas de un sitio puramente gracioso y sin mas pretensiones que serlo; pero su fisonomía general revela lo galan y lo bizarro mas bien que lo elegante y femenil. Lo que el Adan de Milton es á Eva, ó lo que la Clorinda del Tasso á la sensible y delicada Herminia, eso mismo es el jardin del Príncipe comparado con el de otro vergel.

Tras un largo paseo por entre los jigantescos álamos y chopos que forma la primera y ancha calle, cuyo punto de partida es el pórtico ó entrada principal del jardin, llamóme la atencion una floresta que en forma circular, si no me equivoco, y rodeada de cinco pabellones, embelesa la vista con sus flores, y arroba y vivifica la existencia con su delicioso perfume. Una ninfa chiquita en el centro parece entretenida en coger agua con una concha, y en acechar á unos cuantos pececillos, cuyo alegre color de rosa, contrasta con lo negro de la estátua, y los cuales juguetean bulliciosos en la pila de la pequeña fuente á que la tal estátua preside. Detrás de este sitio está el muelle para las personas reales, con una batería á cada lado; pero ni hay cañones en ellas, ni una sola navecilla en el embarcadero. Aquello es dos ojos sin vista, un cuadro sin ninguna animacion, un principal sin accesorios, un cuerpo sin alma y sin vida.

Dejando el Tajo á mi izquierda, y andando á la ventura por donde mis plantas querian guiarme, tropecé á poco rato con la fuente de Ceres, cuya divinidad, obra notable, me hizo sospechar por el pronto si podria encontrarme en Etiopía. Quiero decir que la estátua es de plomo toda negra, y de plomo y negrísimos tambien dos preciosos canastillos de flores que á uno y otro lado de la misma se gallardean dentro del estanque, cada uno en pedestal separado. Yo ignoro la razon y el por qué de no haberse blanqueado una obra tan esmerada como parece serlo aquel conjunto: solo sé decir que es rareza, y que perjudica á su efecto, tenerla tanto tiempo así. Una silfide en actitud de bailar, por muy leve y aérea que fuese, pareceria pesada como el plomo, si un baño bienhechor dado á tiempo no ocultase á la vista el metal. ¿Qué diré, pues, de la tal Ceres, cuando en el mero hecho de estar sentada, tiene ya lo bastante en su actitud para no ostentarse *lijera*?

De esta fuente pasé á la del Cisne, notable por su graciosa sencillez; y de ella me escurrí á la de Apolo, la mas bella tal vez entre todas la que existen en el jardin. Un semicírculo formado por seis columnitas de mármol de Carrara, ó de otra piedra blanca que se le asemeja mucho, tiene á cada estremo un templete, en cuyo fondo ó nicho se vé una cabeza de un Cupido, y dos genios en su altura ó remate, sosteniendo un canastillo de flores. Los capiteles de las columnas están ocupados por patos con la cabeza alzada, resultando de todo un bello y agradable conjunto de gusto griego. Pero lo elegante, lo hermoso, lo que ya se eleva á sublime, es la estátua de Apolo en marmol blanco, magestuosamente sentada, y respirando belleza y estro desde la cabeza á los pies. Yo la contemplé largo rato; y al ver aquel rostro inspirado, aquella mano izquierda apoyada en la lira, aquella lira descansando sobre el muslo, aquella diestra en actitud de acompañar con sus movimientos el arrebato mental del que está preparándose al canto, ó gozándose altivo en los efectos que ha de producir su armonía.... al ver todo esto, repito, quedé enagenado, suspenso ... y acabé por mandar á mis ojos un amargo torrente de lágrimas.... ¿Por qué ha de ser tan bello el dios del canto, y tan tristes los frutos que produce dedicarse á su culto en ciertas épocas?

Igual suspension y enagenamiento produjo en mi alma otra fuente, dignísima rival de la anterior, y no sé si tan bella en su clase. Hablo de la de Narciso. No hay en ella templete ninguno, ni accesorios que tengan parentesco ú analogía con la otra, consistiendo como consiste en un gran tazon de piedra sostenido por cuatro gigantes, tan vigorosos y robustos como agobiados, al parecer, bajo el peso que oprime su espalda, haciéndoles inclinar la cabeza. Considerando solo esto, no hay, repito, término hábil de comparacion entre esta fuente y la de Apolo, por ser tan distintos los géneros; pero si se mira la estátua del malogrado jóven de Thespies, siente uno invenciblemente el deseo de cotejarla con la otra, y al ver la espresion de las dos, no sabe cual preferir. ¡Que momento de inspiracion tan feliz el del artista que nos dió á Narciso! Incomparablemente bello el semi-dios, se le vé contemplar su hermosura en la fuente que tiene á sus pies; y aquel ademan de sorpresa, aquella inclinacion hácia adelante, aquel rostro en que toda la vida parece asomada á los ojos, aquellos lindísimos brazos en la posicion mas á propósito para dar una idea del espanto que á veces produce el placer.... todo es elocuente y sublime; todo contribuye al intento que el autor de la obra se propuso; todo, hasta el perro que acompaña al mozo, revela el embeleso y el asombro de que está poseido Narciso.

IX.

En el exámen de una y otra fuente empleé á no dudar un par de horas, y habiendo trascurrido otras dos en la contemplacion de otros objetos, habíaseme pasado el tiempo de que podia disponer. Yo no me apercibí de ello por entonces, hasta que despues de haber visitado el estanque chinesco y dado un paseo no corto por las islas asiática y americana, ocurrióme subir los 62 escalones de la llamada montañita suiza. Llegado á lo último de ésta, quise descansar un momento en uno de los bancos de madera con que convida á tomar asiento el cenador que está en la cumbre, cuando dirigiendo la vista á las copas de los árboles casi paralelas á ésta, parecióme ver el sol algo mas bajo de lo conveniente. Esta observacion me alarmó, y abandoné presuroso aquel sitio.

Puesto ya al pie de mi montaña artificial, disponíame á buscar la puerta del jardin para reunirme con la galera, cuando oí cierta voz que me llamaba, y volviendo la cara á la izquierda, encontréme á la momia de doña Aciscla.

—Caballero, me dijo, escúrrase Vd., que anda por ahí el agente de ayer, y segun tengo entendido, viene con intencion de echarle el guante.—¿Y por qué? contesté yo.—No es por lo del reloj, repuso ella, sino porque le ha dicho no sé quién, que se halla Vd. aquí sin pasaporte.

A esta observacion espantosa contesté con un gesto de terror, y sin despedirme de la que me avisaba, deslizéme por donde mejor pude, huyendo de las garras de aquel hombre. Y héme dando mil vueltas y revueltas, empleando mas de dos horas en buscar la puerta del jardín; y saliendo por fin á una gran plaza, la en que se halla situada la casa del Labrador. Allí dí de manos á boca con el que la mañana anterior me habia abierto la puerta del teatro.

—¡Caballero, me dijo, caballero! ¿Cómo diablos le veo á Vd. aquí, cuando yo le creia en chirona?

Horrible pregunta en verdad. Mi contestacion fué la misma que habia dado á la vieja; quedarme estupefacto un momento, y echar á correr nuevamente. Y héme dando mil vueltas otra vez, hasta que sin saber cómo ni cuando, desemboqué en la calle de árboles que parte de la puerta del jardín. Pero ¡ay Vírgen santa, y qué susto! El agente se hallaba en la puerta, y era inútil pensar en salir.

Vuelta, pues, á la izquierda con mil diablos, y vuelta á mis revueltas otra vez, y vuelta á dar con mi interlocutora, y despues con el otro interpelante, y últimamente, para colmo de mi desesperacion, con el maldecido granuja.—¿Qué paso lleva Vd., me dijo éste.—¡Un demonio! contesté yo.—¡Lo que es ser un hombre desagradecido! replicó él.—Anda, repuse, á los infiernos.—¿Con qué no quiere Vd. que yo le salve de la persecucion que le hostiga?—¡Cómo! ¿tú salvarme? ¿qué dices?—Que se meta Vd. por ahí... por esos matorrales que están enfrente... y á buen seguro que le atrapen á Vd., aunque vengan todos los agentes del mundo.

¿Querrán creer mis lectores que me dejé engañar por aquel pilluelo? Pues créanlo ó no lo crean, así fué. Fijo solo en la idea de evadirme á las pesquisas de la policía, dirigíme á donde me decia el bribon, y héteme tan fresco y tan guapo metido en un embrollo de arbustos, con no poca risa del chulo, que despues de chungarse largo rato á costa de mi credulidad, ¡buenas noches! me dijo ¡buenas noches! Esa voz de que van á cogerle, la he esparcido yo solamente para que agradezca mi moderacion en contentarme con esto, pudiendo pasar á mayores. Con que buenas noches, repito. Vd. ha entrado ahí tan guapamente, pero la gracia está en salir. ¿Quiere Vd. que le saque yo?—Sácame, contesté, sácame, y yo te lo perdono todo.—Pues no me dá la gana, dijo él, y se largó, dejándome tan fresco.

——

Vergüenza dá decirlo, lectores; pero dormí otra noche en Aranjuez, no sabiendo salir del *Laberinto*, que así se llama el sitio endemoniado donde me encerraron mis culpas. Las pestes que eché con este motivo no son para dichas ahora. La noche la pasé desvelado, no sé si de hambre ó de rabia; pero ya al despuntar la aurora, conseguí por una feliz casualidad salir de aquella cárcel maldecida. Lo demas interesa muy poco para que me entretenga en referirlo. Mi salida del jardín fué saltando la tapia, con no poco peligro de romperme el cuello, ó de quedar empalado tal vez; pero al fin salí, y esto era para mí lo mas importante. Hecho esto compré unas cuantas pasas y un último panecillo, cruzando en seguida el puente colgante, y dirigiéndome á Madrid poquito á poco andando á pura pata por supuesto. ¡A pata yo, que cuatro dias antes echaba de menos los caminos de hierro y los carruajes de vapor!!! Esto es espantoso, es horrible, y es preciso poner punto final. Aquel sitio es un cielo, una gloria; pero no vayaís como yo á gozar sus delicias sin dinero y sin otras precauciones prosáicas, porque os esponeis á algun chasco. Escarmentad en cabeza ajena, y sin meteros á averiguar lo que haya de invencion en mi relato, sed mas previsores que yo. Aranjuez (ya lo he dicho otra vez y no temo volver á repetirlo) es una añadidura, un apéndice, un bonito arrabal de Madrid: *Ruris deliciis urbana adjecta voluptas*.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

MANUAL DE LITERATURA

POR

DON ANTONIO GIL DE ZARATE.

Segunda parte.—Tomo primero.

Despues de haber dado el autor de esta obra en la primera parte de ella las reglas generales de la composicion, tanto en verso como en prosa, se propone en esta segunda parte dirigir á la juventud en el estudio de la literatura española. Este pensamiento ha sido feliz, y á él debemos un tratado completo para la enseñanza de las Humanidades. Hasta ahora verdaderamente no lo teníamos; porque las obras de Blair y de Bateux son bastante escasas y defectuosas en la parte relativa á la literatura española, no habiendo acreditado los traductores de estas dos obras, ni profundidad filosófica en el análisis de nuestros escritores clásicos, ni estensos conocimientos en la historia de la literatura nacional: estas podrán conducir á los alumnos hasta cierto punto, abandonándolos allí á su direccion propia y á su solo talento. El Arte de hablar en verso y prosa del Sr. Hermosilla, espone con claridad, método y precision las reglas generales de la composicion poética y prosáica, pero á pesar de que el autor aplica generalmente las reglas que establece á nuestros escritores clásicos, de quienes cita ejemplos en todas las materias que trata, todavía creyó necesaria la publicacion de una obra en que se examinasen para complemento de su arte, nuestros principales poetas de la última era, pero ademas de que este *juicio crítico* solo comprende composiciones del género lírico, y no del dramático ni épico, todavía debe notarse que se halla limitado á un corto número de poetas, que por haber sido los mas casi de nuestro tiempo, son mas conocidos y han sido mas estudiados, mientras que reducida la crítica de estos á la parte gramatical ó literaria no se descubre el menor vestigio que dé á conocer el gusto general de la época á que el crítico se refiere, ni que enlace en manera alguna sus diversas observaciones. El Juicio crítico del señor Hermosilla servirá, si se quiere, para que la juventud aprenda á estudiar, los poetas que comprende, por medio de un análisis mas gramatical que literario; pero dista mucho de ser un cuadro completo y acabado, un cuadro que se distinga por el gusto delicado con que esté desempeñada la crítica, y por la profundidad con que se describan las diferentes vicisitudes y progresos de nuestra literatura en sus diferentes géneros. Esta ha sido la tarea que en esta segunda parte se ha propuesto su autor, llenando un vacío que resultaba en las obras elementales destinadas á la enseñanza.

Para trazar los orígenes de nuestra literatura, se ocupa el autor en el capítulo primero en darnos á conocer, concisamente aunque con mucha filosofía, los de nuestra lengua, porque estas dos cosas siguen un mismo rumbo y se hallan sujetas á vicisitudes análogas. La dominacion romana introdujo en España la lengua y literatura latinas, hallándose la primera generalizada cuando la invadieron los godos. Corrompióse entonces la lengua latina, con el trato de los vencedores; pero aunque adulterado se conservó aquel idioma: la corrupcion se aumentó, como era natural, en la invasion sarracena, adoptando multitud de voces, que segun espresion del señor Gil de Zárate, suministraron al idioma vulgar notable riqueza y lozanía.

Durante la conquista no descubre el autor ningun monumento de la literatura nacional. Supone, y con razon, que no faltarían poetas que celebrasen los hechos gloriosos de nuestros guerreros, y los triunfos de nuestras armas. Es muy delicada la observacion de que, si tales ensayos que no podrian menos de ser toscos, segun la índole y rudeza del idioma, no han llegado hasta nosotros, podrá suponerse este orígen á algunas composiciones, que aunque traducidas á un lenguaje mas culto, conservan muchos restos de la primitiva rusticidad. A esta época refiere el Sr. Gil de Zárate el orígen de algunos romances caballerescos. El de las *Querellas del rey de Granada por la perdida de Alhama*, que el lord Biron ha hecho célebre en toda Europa por la traduccion que de él hizo, es de los que puede creerse con algun fundamento què sean traducidos del árabe.

Descubre nuestro autor el orígen en España de dos literaturas distintas: la una sábia y la otra vulgar. «Aquella se cultiva por los monges, los eclesiásticos, y los pocos seglares dedicados á las letras: esta era esclusiva del pueblo y de la gente indocta; aquella resonaba en los claustros y en las escuelas: esta en las plazas y en los campos; la primera ostentaba orgullo y prepotencia; la segunda era modesta y sin pretensiones: ambas no producian sino obras de escaso mérito; pero la una con todo su aparato de erudicion nada representaba y se consumia en vanos esfuerzos, mientras la otra era la espresion de los afectos populares, y estaba llena de vida y de esperanzas. La literatura sábia despreciaba la poesía popular: los que se decian doctos tenian á menos espresar sus ideas en el lenguaje comun, prefiriendo un latin bárbaro; pero se limitaban á la estéril imitacion, mientras la poesía vulgar vivia de originalidad y era grata al pueblo que á su vez pagaba tambien á su rival con el desprecio y el olvido.»

La poesía popular ha tenido en España, como observa el señor de Zárate, las cualidades intrínsecas que requeria la civilizacion particular de nuestro suelo. Estas cualidades consistian en la religion, el honor y la galantería, y de ellas ha tomado nuestra literatura en los tiempos medios la fisonomía particular que la distingue. Por consiguiente era religiosa y caballeresca, y una verdadera representacion de la sociedad española: esta es nuestra literatura propia.

Combinándose en el primer tomo de que damos cuenta á nuestros lectores, la filosofía y la crítica con la historia literaria, principia el autor por describir el estado de aquella hasta el siglo XV, dándonos á conocer el poema del *Cid Campeador*, las *Partidas* de Alonso el Sábio, *el conde Lucanor de don Juan Manuel*, el poema de *Alejandro* de *Juan Lorenzo Segura*, los versos de *Gonzalo de Berceo*, la vida ó libro de *Apolonia*, la de *Santa María Egipciaca*, las poesías del *arcipreste de Hita*, las del *Rabi* don *Santo de Carrion* y los escritos de don *Pedro Lopez* de *Ayala*, tanto en verso cuanto en prosa. De todos se dan noticias, relativamente á su vida y á sus obras, juzgando estas con inteligencia, y dándolas á conocer en sus mas notables fragmentos: de esta manera se forma un resúmen bastante detallado de los primeros tiempos de nuestra literatura. Veamos lo que dice el señor de Zárate acerca del libro de Apolonio:

Se reduce á un poema en verso alejandrino, de autor anónimo; y creemos con el señor Pidal, que debe pertenecer á la mitad del siglo XIII, como el poema de Alejandro con quien tiene mas de una semejanza, sobre todo en la versificacion y en el lenguaje. Hay mas cultura, mas armonia que en el poema del conde Fernan Gonzalez, pero no llega en estas dotes á Berceo. Sin embargo, esta obra se lee con mucho mas gusto que las anteriores, porque el argumento es en estremo interesante, y la fábula muy ingeniosa. Las aventuras de *Apolonio*, sus viajes, sus desgracias, su encuentro con Fersiana, cuya piutura está llena de gracia, y el descubrimiento de que es hija suya, no solamente interesan, sino que demuestran un ingenio y un arte que no parecen propios de aquella época. Con efecto, la historia ó leyenda, como en otro artículo ha dicho el mismo señor Pidal, es de mas remota antigüedad. Parece haber sido escrita originalmente en griego, pero solo se conoce hasta el dia la traducion latina, hallada por *Marcos Valsero* en un códice antiguo de la bibliotea de un monasterio de Amburgo: el original griego existe todavía, segun dicen, en Constantinopla. El imitador castellano, sin embargo de ajustarse bastante en lo general á la leyenda latina, introduce en la narracion notables diferencias, mejorando no pocas veces el original.»

La literatura de los siglos XV, XVI y XVII se caracteriza en los principales escritores, á quienes se juzga con inteligencia y sin preocupaciones, enlazando todas las observaciones para formar con ellas el cuadro general de nuestra historia literaria en aquellos siglos. En el primero sobresale Juan de Mena, á quien califica uuestro autor y da á conocer de la manera que sigue:

«El mas digno de nota entre todos aquellos poetas, es sin duda Juan de Mena, cuyas aventajadas dotes, lozana imaginacion y fuerza de cabeza, hacen sensible no alcanzase época mas favorable al buen uso de su grande ingenio. Entre las obras que compuso, aspiró sobre todo á inmortalizarse con una, en la cual no solo desplegase sus grandes facultades poéticas, sino tambien su vasta erudicion y elevado talento. Desgraciadamente el contagio de la imitacion le apartó de la senda que mas le convenia, arrastrándole en pos del Dante, á quien se propuso por modelo en la disposicion de su poema, y hasta en la aspereza del estilo. Su *laberinto* tenia por objeto trazar un cuadro alegórico de la vida humana, abarcando todos los siglos para ensalzar los grandes hechos y anatematizar el crímen. Fórmase Mena por lo tanto, siguiendo las huellas del Dante, un mundo tambien alegórico; y tres grandes ruedas representan lo pasado, lo presente y lo futuro, trayendo en su movimiento los sucesos que intenta describir. El poema se compone de trescientas coplas de arte mayor, en las cuales va desplegando toda su erudicion, no pocas veces con admirable fantasía. Pero dos cosas hacen penosa la lectura de esta obra. Es la primera la falta de interés, asi en la accion general, como en los pormenores. Aunque el poeta se propone celebrar hechos españoles, empresa que solo ella debiera hacer su obra nacional, no se acuerda de los héroes ni de las sublimes hazañas que nuestra historia le ofrecia, limitándose á empalagosas alabanzas de D. Alvaro de Luna, y de un rey tan indolente como D. Juan II. Conócese sin embargo, qué de haber acometido aquella empresa, hubiera salido airoso, y otra fuera su fama, por los trozos que refieren las muertes del conde de Niebla y de Lorenzo Dávalos, únicos en que ha podido hacer alarde de un verdadero patriotismo.

»La segunda causa del poco agrado con que se lee este poema es la rudeza y poca armonía del lenguaje, que llega á cansar muy pronto. Contribuye á esto la insufrible monotonía de las coplas de arte mayor, que á la constante uniformidad del verso, siempre dividido en hemistignios iguales, añade la simetría de las rimas y la dificultad de estas, pues en cada copla deben hallarse siempre cuatro iguales colocadas en los mismos parajes. El empleo de semejante sistema métrico es árduo, penoso y opuesto al movimiento y entusiasmo del poeta. Ademas, Juan de Mena no solia tener un oido bastante delicado. Sus versos carecen muy á menudo, aun en los mejores trozos, de medida y cadencia: el lenguaje es duro, las inversiones violentas; respeta poco el idioma, é inventa y destroza las palabras á su antojo, como tambien altera la construccion gramatical. Tiene fuerza y energía en los pensamientos, elevacion en las ideas, grandiosidad en las imágenes; pero estas dotes quedan oscurecidas á cada paso por aquellos defectos. El trozo siguiente es uno de los mas bien sentidos y versificados, y mas leida y estimada seria la obra si toda se le pareciese. Pinta el dolor de la madre de Lorenzo Dávalos al ver el cadáver de su hijo:

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento tendido
De aquel que criara con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara
Hiere sus pechos con mesura poca;
Besando á su hijo la su fria boca
Maldice las manos de quien lo matára;
Maldice la guerra do se comenzára,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí misma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se para.
Decia llorando con lengua rabiosa:
Oh matador de mi hijo cruel,
Matáras á mí, dejáras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera á la madre muy mas digna cosa
Para quien mata llevar menos cargo,

Y no te mostráras á él tan amargo,
Ni triste dejaras á mí querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada
Cerrára mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
E yo no muriera mas de una vegada;
Moriré asi muchas desaventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas
Con lágrimas tristes y no gradecidas,
Magüer que lloradas por madre cuitada.»

Todos los demas juiciosos tienen igual precision y exactitud: en todos se acredita el mismo tino, el mismo estudio, y el mismo delicado gusto. No se puede considerar esta segunda parte del *Manual* como una historia completa de la literatura española, pues no era ese el objeto que se proponia el autor; pero sí como un compendio filosófico de ella, como un bosquejo bien trazado en que se distingue sobradamente la exactitud del dibujo y el efecto del colorido. Las mismas cualidades ha demostrado el autor, cuando se ha ocupado en tratar del género sagrado, épico, didáctico y popular, caracterizando las obras mas sobresalientes en cada uno de ellos y á los mas eminentes poetas. Entre los que mas se han distinguido en el primer género, cita á santa *Teresa de Jesus* de quien dice: «Su alma ardiente y arrebatada se muestra en ella (en la poesía) lo mismo que en su prosa. Menos-sujeta que los anteriores (poetas sagrados), á la imitacion de los libros sagrados, es mas original y mas apasionada.» Citadas composiciones de la santa, una de las cuales es un soneto, que principia. *No me mueve, mi Dios para quererte*, que generalmente se atribuye á san Francisco Javier ó san Francisco de Sales: nosotros estábamos en la misma persuasion; pero el señor Gil de Zárate habrá tenido motivos sobrados para hacer justicia á la Santa dándole lo que es suyo. Comparando nosotros las dos composiciones qus se copian en el *Manual*, hemos notado en ambas no poca analogía, conviniendo las dos en el fuego de los sentimientos, en la vehemencia de los efectos y en la delicadeza ingeniosa de los pensamientos.

El último capítulo de este tomo está destinado á referir la historia de la poesía popular desde los primeros tiempos hasta nuestros mas celebrados romances moriscos y caballerescos: esta es la poesía popular española; á lo menos es la mas conocida, la mas celebrada, la mas culta: además de que su consonancia métrica se desconoce en los demás idiomas, el verso de ocho sílabas de que consta es tan fácil y ocurre con tanta frecuencia en la prosa, que hasta su misma versificacion descubre el orígen popular de este género.

Enriquece su *Manual* el autor con fragmentos y composiciones escogidas, que sirven como de muestra de estilo y gusto de los poetas de que trata. De esta manera se hacen mas susceptibles todavía sus observaciones, y se hallan al mismo tiempo comprobadas con ejemplos. Esta circunstancia contribuirá sin duda al provecho que la juventud saque de esta obra, si como es de desear se adopta generalmente para texto de enseñanza, como ya lo ha sido en algunos colegios y casas de educacion. Desempeñada esta segunda parte del *Manual*, lo mismo que la primera, por una persona tan acreditada por sus obras de ingenio, y esperimentada en la enseñanza pública, puede ser considerada en sus dos partes, como un tratado elemental y completo, que no será reemplazado por ningun otro, y que además de ser la mejor guia que puede escogerse para el estudio privado, tiene para la enseñanza pública las singulares ventajas del método, de la concision, y de la exactitud de los juicios, y de dirigir á los jóvenes por el camino, en que podrán hacer sucesivamente todos los progresos de que sean capaces su gusto y su estudio.

—Examinaremos en otros números de este periódico, los dos tomos restantes de esta 2.ª parte.

Sucesos contemporáneos y Revista Teatral

Nada notable ofrece la crónica estranjera. La reina de Inglaterra y el príncipe Alberto han debido salir de Colonia en la tarde del 14 con dirección á Coburgo, donde permanecerá algunos dias reunida con la familia de su esposo. Durante su permanencia en Colonia ha asistido la córte á un concierto dado por Mayerbeer. Ademas de los banquetes preparados para obsequiar á la reina, ha habido fuegos de Bengala y varios otros festejos. De Coburgo saldrá la reina con direccion al palacio de Statzenfels donde se verificarán grandes fiestas.

Las medidas que el Parlamento ha tomado sugeridas por sir Roberto Peel han producido alguna agitacion en la Irlanda. En vista de esto el agitador O'Connell prepara una demostracion para que la union sea revocada, á cuyo fin ha escrito á todas las parroquias de Irlanda.

Las desavenencias que de algun tiempo á esta parte existen entre la Holanda y la Prusia parece que han sido la causa de la visita que ha hecho á Inglaterra el rey de Holanda temeroso de las consecuencias que sobre su pais podrian acarrear las conferencias habidas en el palacio de Statzenfels.

Ha sido reforzada la guarnicion de Raouna donde se halla permanente la comision político-militar. Lo ha sido tambien asimismo la de Bolonia y algunas otras ciudades, todo lo cual demuestra la agitacion que reina en los Estados-Pontificios. De vuelta de su viaje á Inglaterra y Francia ha entrado en Nápoles el príncipe de Siracusa debiendo verificarlo muy en breve el rey que con la escuadra se encuentra en Sicilia.

Mr. Rossi, mas feliz que nuestro plenipotenciario el señor Castillo y Ayensa en sus negociaciones con la córte romana ha alcanzado la espulsion de los Jesuitas de Francia, y en su virtud han evacuado el territorio francés por órden de su general dirigiéndose á Roma, si bien fiados en reunirse á la primera ocasion favorable.

No satisfecho M. Thiers con la oposicion que hace en el Constitutionnell á M. Guizot, trata de dar á luz para la próxima legislatura un nuevo periódico con el título *L' Espirit public* donde defenderá su política atacando al ministerio.

El dia 17 á las diez y media de la mañana dieron principio en el campamento de San Medard las maniobras dirigidas por el duque de Aumale. El príncipe hizo maniobrar en masa y desplegar en batalla por espacio de 6 horas á las tropas de su mando. De nada se carecia en el campamento en el cual habia establecimientos de todas clases ocupados por un gentío inmenso. La construccion de uno de los cafés costó 52,000 francos. Era tambien digno de atencion el salon del club Bordelés en el que habia mesas de villar y de juego, piezas de descanso, camas y demas muebles dispuestos todos con elegancia. Tambien tenia fonda y café. Despues de concluidas las maniobras y antes de la comida el príncipe visitó este establecimiento. En el mismo dia el señor Alcántara Navarro, comisario general de Cruzada, enviado por nuestra reina para cumplimentar á los príncipes, evacuó su cometido. El dia 18 á las ocho de la mañana salieron SS. AA. RR. de Burdeos á Bayona. Segun las mas valederas noticias entrarán el dia 2 en Pamplona donde permanecerán los dias 3, 4, 5, y 6.

Entretanto que los duques de Nemours se preparan para visitar á nuestra reina en Pamplona, sigue S. M. recibiendo sinceras muestras de amor de los vascongados que la prodigan diversidades de festejos. S. M. la reina madre deberá haber salido de Mondragon á reunirse con S. A. R. la infanta que continúa en san Sebastian, muy festejada y gozando de completa salud. S. M. la reina esperará en Mondragon el regreso de su augusta madre y hermana para dirigirse en su compañía á la invicta Bilbao, de donde saldrán para Pamplona. S. M. ha recibido al señor Urbistondo, capitan general de Vizcaya, y al jefe político de la misma provincia, que habian sido comisionados para tributarla los homenajes de su respeto. Se prepara en san Sebastian un concierto que tendrá lugar el dia de S. A., tomarán parte en él los mas notables profesores, ademas de los aficionados. Entre las fiestas que se preparan en Pamplona, para hacer un recibimiento digno á los príncipes estranjeros, tendrán lugar algunas corridas de toros dirigidas por el célebre Montes, que ha llegado á esta córte, donde ha sido recibido como muestra de su admirable habilidad, con una serenata que le han dado sus numerosos apasionados.

Tristes acontecimientos y escenas de dolor han tenido lugar durante la última semana en la capital de la monarquía. Las simpatías escasas que en toda la península habia logrado el sistema tributario, se dejaron sentir en esta córte. Todas las clases, y muy particularmente las del comercio, se apresuraron á dirigir esposiciones para que el plan se suspendiera hasta la reunion de las córtes, y desde luego creyeron los mas, que presentando una resistencia pasiva, lograrian el alivio de tamaño peso. Habia corrido la voz de que el lunes no se abririan las tiendas; y como se tuvo por fortuna en que esto se quedase en dicho, se miró como desgracia el que el martes se contáran como un hecho. Efectivamente, todas las tiendas amanecieron cerradas, y la resistencia que en las primeras horas de la mañana fué pasiva, no tardó en pasar á ser activa. El pueblo se mostró osado; las autoridades, en especial la civil, enérgicas á la par que circunspectas. Hubo desgracias que lamentar de parte de los agresores y de la tropa, pero muy luego tornó la calma, y la que amaneció recia tempestad, se disipó en muy breve rato para dicha del pueblo de Madrid. Un desgraciado jóven, de quien se dice que tiró desde su casa un ladrillo al jefe político, ha pagado con la vida tamaña temeridad. En muy pocas horas fué juzgado y sentenciado por un tribunal militar. Todos esperaban confiados, que habiendo sido momentánea la alteracion del órden público, la causa á que nos referimos hubiera sido formada civilmente. Todos esperábamos, despues de sabido el empeño de las autoridades civiles y militares, porque el gobierno suavizára el rigor de la sentencia, que la ejecucion de la última pena no se llevaria á cabo. Era preciso verter sangre, y se vertió. Los ministros creyeron sin duda que asi dará buenos resultados el sistema tributario. La inauguracion no puede ser mas feliz. Las tiendas se han ido abriendo poco á poco. Se han hecho muchas prisiones, asi de personas que hicieron resistencia pasiva como de los que salieron á la arena. De estos han salido todos para presidio, de aquellos se encuentran algunos en completa libertad.

Escenas de jefes beduinos.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.
Impreso en las prensas mecánicas de D. I. Boix.
Calle de Carretas, números 8 y 35.